

REVISTA ESPIRITISTA

ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AFILIADA Á LA «UNIÓN ESPIRITISTA KARDECIANA ESPAÑOLA»

AÑO XXXII | Alicante 25 Julio 1903 | NÚMERO 7.

SECCIÓN DOCTRINAL

¡Hacer el bien!

I

Es indudable que el placer que no deja tras de sí el cansancio y el hastío es la práctica del bien; la ingratitud de los hombres(con ser mucha) no es bastante para convertir en amarga hiel, el néctar dulcísimo de la satisfacción íntima que se apodera del alma cuando se ha llevado á un hogar donde reina la *anarquia* del hambre, todo lo suficiente para saciar á lós hambrientos.

II

«Tienes razón, me dice un espíritu, pero en la práctica del bien hay mucho que estudiar y mucho que aprender; no creas que el *hacer bien á tontas y á locas* proporcione al espíritu el goce más duradero. Yo lo sé por mí, en mi última existencia cometí bastantes atropellos, pero encontré en mi camino á un pastor protestante y éste iluminó mi obscura inteligencia, me dió buenísimos consejos, y me ordenó severamente que hiciera cuatro partes de mi grandiosa herencia, reservase una parte para mí, y las tres restantes las empleara cuerdamente en hacer bien á los necesitados, único medio de lavarme y limpiarme de tantas manchas como habia echado sobre mí, mi desenfreno y mis malas pasiones.»

por la vergüenza, por la ira, me confesó su infidelidad y me pidió que la matara porque le era odiosa la vida. No me lo tuvo que repetir, la maté jurando vengar su muerte y mi deshonra, pero no pude vengarme por que la Justicia humana se apoderó de mí y subí al patíbulo ébrio de odio hácia tí, que me habías robado cuanto poseia. Me arrebatastes el descanso, la felicidad, despertastes todas mis malas pasiones, y te perseguí desde el espacio todo cuanto pude. Creí que mi odio viviría eternamente, pero almas generosas se han encargado de mi curación, mejor dicho de nuestra curación, y han conseguido hacer de tí un hombre generoso, y de mí han arrancado la venenosa semilla del odio, aún no te quiero, pero si te veo en un peligro correré á salvarte, por que deseo recobrar la felicidad perdida, y me dicen que necesito amar para ser amado: mas como nunca he sido hipócrita te digo francamente que la hoguera de mi odio tú la has apagado con tu generoso proceder, pero las cenizas... ¡oh! las cenizas aún conservan un tibio calor.»

«Mucho nos impresionó á todos el relato de Saulo, principalmente á mí, que desde aquella noche redoblé mis esfuerzos para ser más bueno.»

«Múltiples acontecimientos á cuál más dolorosos, me arruinaron por completo, hasta el punto, que me dí por muy contento con terminar mis dias en un asilo benéfico, y durante la noche, tanto dormido como despierto, veia á Saulo que me decía: velo por tí; yo inspiro á los jefes de este establecimiento para que te distingan con sus atenciones; y así era, me sentaban á su mesa, me dejaban en libertad para que saliera siempre que quisiera, y cuando llegué á no poderme mover de mi lecho, veia á Saulo al lado de mis servidores, y sostenido por él me desprendí de mi cuerpo sin la menor turbación; mi antiguo maestro el Pastor protestante, me esperaba gozoso. Con qué placer me arrojé en sus brazos!... (también saldrá á tu encuentro), tu pensamiento adivina que fuí Francisco Ruet, el que me dió la luz, como te la dió á ti; entre él y Saulo he visto mucho, he aprendido mucho, y aprovecho cuantas ocasiones se me presentan para enseñar lo que me han enseñado: hacer el bien á todos aquellos que nos sean mas antipáticos. Adios.»

III

La lección no puede ser más provechosa, porque efectivamente, favcrecer á aquel que amamos no nos cuesta el menor sacrificio, lo que cuesta es prodigar atenciones á aquel que nos inspira verdadera repulsión y nos proporciona disgustos por la intemperancia de su caracter, por su marcado desagradecimiento, por su orgullo mal entendido, por su desdeñoso proceder, por esos innumerables defectos que tanto mortifican si se tienen que sufrir muy de cerca, durmiendo bajo un mismo techo.

¡Benditas sean las comunicaciones de los espiritus! si benditas; por que nos

señalan la verdadera senda para ir hácia Dios por el amor, por la ciencia, por la tolerancia y la resignación, por la fé en nuestro propio esfuerzo, por el poder de nuestra voluntad.

Amalia Domingo Soler.

Los espiritistas del siglo XX

(De Miguel Gimeno Eito)

Habiendo tenido ocasión de visitar recientemente, así en Madrid como en diversas poblaciones de Aragón y de Cataluña, numerosos centros privados de estudios espiritistas organizados por pensadores que apenas há dos años combatían el Espiritismo y hoy ven en él, á mi humilde entender, algo más que algunos de nosotros; no puedo resistir á la tentación de trasladar á estas columnas su elevado criterio, exponiéndolo como tema de estudio á la atención de cuantos se interesan por el porvenir de la Doctrina.

Razonando su fé, esos hermanos, á quienes yo llamo los espiritistas del siglo XX, y que, á juzgar por los alientos que evidencian, no serán solo continuadores de nuestra obra, exprésanse en estos ó parecidos términos:

I

El Espiritismo, que no es de este siglo ni del anterior, jamás fué tampoco patrimonio exclusivo de un pueblo ni de una raza.

Los médiums más notables anteriores á la venida de Allan Kardec, además de los Brahmas, los Sannyassis y los Vanaprastha, de la India; los Magos de los Faraones, de la Persia, de la Caldea; los Oráculos egipcios, griegos y judios; las Sybilas romanas, los Druidas de las Galias y las santas y santos del Cristianismo, llamáronse: en el Japón, Sonmu.—En China, Fo-Hi, Lao-Tsée, Kong-Tsée.—En la India, Adjigarta, Manu, Krishna, el Budha-Sakya-Muni, en el Irán.—Zarathustra, en Tiro.—Sanconiaton, Hermes, Manethon, en Egipto.—En Judea, Noé, Moisés, Esdrás, Isaías, Jeremías, Job.—Orfeo en Roma.—Numa en la Escandinavia.—Llamáronse Homero, Hesiodo, Sócrates, Platón, Pitágoras, Hillel, Jesús de Nazaret, Juan evangelista, Pablo apóstol, Hermás, Orígenes, Plotino, Porfirio, Jámblico, Timeo de Locres, Apolonio de Tiana, Simón el mago, Bruto, Publio, Cornelio, Escipión, Cicerón, Tomás de Aquino, Francisco Javier; Teresa de Jesús, Swedemborg, Lutero, Savonarola, Giordano Bruno, Juana de Arco, Mahoma, Descartes, Paracelso, Jacobo Bochm... Y no fueron solamente grandes por su genio, por sus virtudes, por sus hazañas, fué-

ronlo también por su cuna, por sus tronos. Recuérdense además del Budha Sakya-Muni, en la India; á David en Judea; á Pericles, príncipe de Tiro; al emperador Constantino, á Ricardo III de Inglaterra, á Clemente V pontífice romano, y á Ordoño I, Felipe el hermoso y Fernando IV, monarcas españoles.

Pruébanlo: las Arcas mandadas construir y dirigidas en su construcción por los Invisibles, para salvar de espantosos diluvios á las únicas familias justas de aquellos tiempos; las excelsas apariciones en ardientes zarzas, los divinos Decálogos; los sublimes ageneres de los Orebs, los Sinaïs y los Tabores. Pruébanlo: las visiones del camino de Damasco, del Aguila de Patmos, del libro «El Pastor». Pruébanlo: el daimon ó genio familiar de Sócrates; el que se aparece á Bruto, antes de la batalla de Filipos; Diana apareciéndose á Pericles; la cruz que en el espacio vé Constantino; Santiago apóstol, presentándose á Ordoño I en la batalla de Clavijo; los emplazamientos de Fernando IV por los hermanos Carvajales y de Felipe el hermoso y Clemente V por el Gran Maestre de los Templarios; las terroríficas visiones de Ricardo III, inmortalizadas por Shakespeare; los muertos—que según el obispo de Hipona—pueden ser enviados á los vivos, pueden descubrirles el porvenir, que ellos mismos han aprendido ya por otros espíritus, ya por los ángeles, ya por una revelación divina; los santos que reconfortaban á Tomás de Aquino y le abrían los tesoros de la ciencia divina; las manos luminosas que en baltasárico festín con: «Manel Tecet Fares» anuncian el fin del imperio de Babilonia, y en la obscuridad de las catacumbas con epitafios como este, «Terenciano vive» la inmortalidad de los mártires. Pruébanlo: los éxtasis del Cristo noruego; Gabriel dictando el Coran á Mahoma en su tienda sobre la colina; el diablo que el fundador del Protestantismo ahuyenta con estrepitosas carcajadas; la heróica pastora lorenesa arrojando al extranjero de su país dirigida por los Espíritus; el personaje invisible, que animándole á proseguir sus investigaciones metafísicas sigue doquier á Renato Descartes...

Hasta los mismos veladores con que el fenómeno hizo su aparición en el mundo moderno ¿difieren mucho de las mesas que profetizaban y que—al decir de Tertuliano—eran hechos comunes en los tiempos de la antigua Roma? Recuérdese como Patricius é Hilarius llevados ante un tribunal por crimen de magia se defendieron, según Amiano Marcelino, refiriendo que habían fabricado con trozos de laurel una mesita, (mensulam) sobre la que habían colocado una vasija circular, hecha de muchos metales y conteniendo un alfabeto grabado en los bordes. Entonces un hombre vestido de lino, después de haber recitado una fórmula y hecho una evocación al dios de la adivinación, tenía suspendido encima de la vasija un anillo sujeto á una hebra de lino y consagrado por medios misteriosos; y este anillo saltando sucesivamente, pero sin confusión, sobre muchas de las letras grabadas y deteniéndose en cada una de ellas, formaba versos perfectamente regulares, que eran las respuestas á las preguntas hechas.— Hilarios añadió: Un día, habiendo inquirido quién sucedería al actual emperador, el anillo, saltando, dió las sílabas Theo.—No preguntaron ellos más, persuadi-

dos de que sería Theodoro. Pero los hechos, dice Amiano Marcelino, desmintieron más tarde á los magos, aunque no la predicción, porque el sucesor fué Theodosio.

Recuérdese el siguiente pasaje del canto XVIII de «La Iliada»: Entre Thétis llega al palacio de Vulcano, vivienda de bronce indestructible, centelleante, suntuosa entre las de inmortales y obra del dios disforme. Thétis le encuentra activo, cubierto de sudor y moviéndose al rededor de sus fuelles. Ha fabricado veinte trípodes que ha colocado al rededor de la muralla de su sólido palacio, los cuales van provistos de ruedas de oro, para que por sí solos, cosa maravillosa, asistan á la Asamblea de los dioses y regresen por sí mismos á su sitio. Pero lo universal y eterno ¿será solo el fenómeno? ¿no lo será también la doctrina?

II

Sócrates, invitado por la Pitonisa á pasar una noche en el templo, observa que cada deidad, con diferentes atributos, refleja sus mismas facciones. De ello concluye que ninguno de aquellos dioses es el verdadero: el Dios incognoscible que él siente dentro de sí. Homero, en el pasaje transcrito de «La Iliada» no ha querido tanto, en concepto nuestro, asignar á los trípodes reveladores, un origen divino, como expresar el hermoso concepto de que todos los dioses de la antigüedad no eran sino Médiums de Seres superiores. Porque ¿cabe suponer que las diosas y dioses del Olimpo utilizaran los trípodes de ruedas de oro, para evocar en sus Asambleas espíritu de mortal alguno? Los genios, pues, que con ellos se comunicaran de esta manera, debían de ser muy superiores á hombres y dioses, y en tal sentido, el pensamiento de Homero, es análogo á éste de una comunicación de nuestros días: Jesucristo, no era sino un médium; sus apóstoles, no fueron otra cosa; nosotros no somos más que esto, y vosotros esto mismo sois.

En la misma biblia, tenemos pruebas elocuentes de que Dios, el Dios de la Humanidad, jamás vinculó su Revelación en un pueblo determinado, con exclusión de los restantes. Para demostrarlo—como dice perfectamente Spinoza,—basta citar dos pasajes de los libros santos. En el *Génesis* (cap. XIV, vers. 18, 19 y 20), se lee que Melchisedek fué rey de Jerusalem y pontífice del Altísimo, y que bendijo á Abraham por el derecho que se daba al Pontificado (*Números* cap. VI, vers. 23); y finalmente, que Abraham, querido de Dios, pagó á este pontífice el diezmo de su botín, por donde se ve que, antes de la fundación del reino de Israel, había establecido Dios reyes y pontífices en Jerusalem y los había dado ritos y leyes. No puedo asegurar si se las dió de un modo profético; pero me inclino á creer que Abraham, en tanto que vivió en esta región, observó religiosamente las leyes, porque aunque no parezca que Dios se las dió particulares, se dice (*Génesis*, cap. XXVI, vers. 5) que guardó los preceptos,

cultos, instituciones y leyes divinas, lo cual debe indudablemente entenderse preceptos, culto, instituciones y leyes del rey Melchisedek. En el segundo pasaje se leen las represiones de Malaquías á los judíos (cap. I, vers. 10 y 11). ¿Quién de vosotros cierra las puertas (del templo) temiendo que sea en vano poner el fuego en mi altar? No me complazco en vosotros, porque desde que el sol sale, hasta que se pone, mi nombre es grande entre las naciones, y en todas partes se me ofrecen perfumes y oblaciones puras; porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el dios de los ejércitos. Como estas palabras no pueden explicarse sino en presente, á menos que se torture su sentido, síguese de aquí que los judíos no eran más caros á Dios que las demás naciones, porque Dios se manifestaba á ellas por más milagros que á los judíos, que habían conquistado ya una parte de su reino antes de haber visto uno tan solo; y finalmente, que tenían ritos y ceremonias que los hacían agradables á Dios. Pero no quiero extenderme más sobre este punto; basta para el fin que me he propuesto, haber demostrado que la elección de los judíos solo se refería á las ventajas temporales del cuerpo y la libertad; es decir, á su imperio, á los medios que adoptaron para establecerle y á las leyes necesarias á este establecimiento, después de haber sido explicado como fueron reveladas esas leyes, y de haber demostrado que por todo lo demás y en todo lo concerniente á la verdadera felicidad humana, los judíos en nada aventajaron á los demás pueblos. Cuando, pues, se dice en la Escritura (*Deuteronomio*, cap. IV, vers. 7) que ninguna nación gozó tanto como la judaica de la proximidad de sus dioses, esto debe entenderse únicamente del pueblo judío y de los muchos milagros que entonces se verificaron, puesto que bajo el aspecto intelectual y bajo el moral ó de la felicidad, acabamos de ver que Dios favoreció igual á todos los hombres. Esto lo hemos demostrado por la razón, y véase como lo confirma la Escritura (*Salmo* CXLV, vers. 18). Dios está en todos los que le invocan, si con verdad lo hacen. Y en otro pasaje del mismo Salmo (vers. 9): Dios es bueno para todos y en sus obras brilla su misericordia. En otro Salmo (XXXIII, vers. 1) se dice claramente que Dios dotó á todos los hombres de igual inteligencia: «Dios que forma su corazón de la misma manera.» El corazón, como todo el mundo sabe, era entre los hebreos asiento del alma y de la inteligencia. Es evidente por Job (cap. XXVIII, vers. 28) que Dios dió una misma ley á todo el género humano, á saber: la ley de adorar á Dios y hacer el bien ó abstenerse de acciones malas. Por eso Job, aunque gentil, fué tan agradable á Dios, porque excedió á todos en piedad y religión. La historia de Jonás (cap. IV, vers. 2) nos enseña con mayor claridad que Dios es propicio, no solamente á los judíos, sino á todos los pueblos; que es bondadoso, indulgente, misericordioso para todos, y que se arrepiente del mal que hizo. «Habrá resuelto, dice Jonás, huir á *Tarsis* porque sabía por Moisés, (*Exodo* cap. XXX, vers. 6) que sois un Dios propicio, misericordioso, etc., y, por consiguiente, que perdonaríais á los ninivitas». Y en conclusión (y supuesto que Dios favoreció igualmente á todos los pueblos, y puesto que los hebreos

no fueron por él elegidos, sino relativamente á la sociedad por ellos formada y á su imperio) un judío considerado aparte de la sociedad y el imperio, no tenía ningún don especial que le fuera propio, ni había entre él y un gentil, especie alguna de diferencia.

(Se continuará)

SECCIÓN DE CRÍTICA RELIGIOSA

LAS NOCHES ALICANTINAS

XVIII

(Continuación)

MATIAS.—La sangre de este primer Mártir irritó más la cólera, y encendió más la rabia de los judíos. Excitaron una horrible persecución contra la Iglesia de Jerusalén; pero ninguno se mostró más ardiente que Saulo en la ansia de destruirla. Animábala contra los cristianos un celo que parecía furor, por lo que viéndose aplaudido y autorizado por los de su nación, no guardaba términos ni medidas. Entrábase por las casas, sacaba de ellas á todos los que sospechaba ser discípulos de Cristo; metíalos en las cárceles y los hacía cargar de prisiones y cadenas. Crecia su rabia contra los fieles al paso que experimentaba el buen suceso de su persecución. Obtuvo sin dificultades ámplia comisión del pontífice Caifas para hacer exacta pesquisa de todos los cristianos con facultad de castigarlos. Ibase á todas las sinagogas, hacía apalear y azotar cruelmente á cuantos creian en Jesucristo, y ponia en ejecución cuantos medios alcanzaba, promesas, amenazas, tormentos, para hacerlos blasfemar de su santo nombre. Habiéndose extendido la fama de esta terrible persecución, era mirado Saulo como un furioso perseguidor de los cristianos, como enemigo jurado de Jesucristo, y como el azote de sus fieles siervos; de manera que solo el nombre de Saulo aterraba á los que creian en él. Parecían cortos los límites de Judea, de Galilea y de toda la Palestina para contener el celo, ó por mejor decir, la furia de este rabioso perseguidor. Lleno siempre de amenazas, alentaba sangre y respiraba muerte al oir solo el nombre de cristiano. Teniendo noticia que cada dia se aumentaba el número de los discípulos de Cristo en Damasco, ciudad célebre á la otra parte del monte Líbano, pidió al sumo Pontífice cartas para aquellas sinagogas, con autoridad de prender cuantos cristianos hallase, y de llevarlos á Jerusalén, donde podrían ser castigados con mayor libertad, resuelto á exterminar él solo aquella tierna y recien nacida religión.

Hallábase ya á dos ó tres leguas de la ciudad, cuando á la misma hora del medio dia vió bajar del cielo una gran luz más resplandeciente que el mis-

mo sol, la cual le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Al punto cayeron todos en tierra atónitos y deslumbrados, y Saulo oyó una voz que le dijo en hebreo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? En vano tiras coces contra el aguijón». Entonces preguntó Saulo más aturdido: «Señor ¿quién sois vos?» Y le respondió el Salvador: «Yo soy Jesús; á quien tú persigues.» Fuera de sí Saulo al oir esta respuesta, replicó temblando de turbación y de miedo: «Señor ¿qué quereis que haga?» Mandóle el Salvador que se levantase; y aunque le remitió á otro para que supiese de él lo que era voluntad suya que hiciese, no por eso dejó de darle allí mismo una idea general y confusa de lo que habia de padecer: «Levántate, le dijo, y estate en pié, por»que yo me he dejado ver de tí para hacerte ministro y testigo de las cosas »que has visto y de otras que te manifestaré. Saquéte de las manos de este »pueblo, y de las naciones, á las cuales te envio ahora para que abriéndolas »los ojos pasen de las tinieblas á la luz, del imperio de Satanás al de Dios, y »para que reciban la remisión de sus pecados, y la herencia de los Santos, »por medio de la fé que hace creer en mí». Mientras pasaba todo esto, los que iban en compañía de Saulo, levantados ya de la tierra, estaban en pié atónitos y suspensos. Oian una voz pero no veian al que hablaba. Habiéndose también levantado Saulo, aunque tenia los ojos abiertos nada veia. Fué menester guiarle de la mano para conducirle á Damasco. Metiéronle en casa de cierto vecino, que se llamaba Judas donde estuvo tres dias ciego, sin comer ni beber.

Vivía á la sazón en Damasco un discípulo de Cristo, nombrado Ananias, hombre de gran piedad, y venerado por su virtud hasta de los mismos judios. Apareciósele el Señor en una visión, y le mandó que fuese á la calle Derecha, y que buscase en ella á cierto hombre llamado Saulo, natural de Tarso, á quien hallaria en oración. Espantado Ananias al eco solo del nombre de Saulo, replicó aturdido: «¡Cómo, Señor! Si he oido decir á muchas »personas que ese hombre ha hecho grandes males á vuestros santos en Je»rusalén. Aun ahora, trae amplísimo poder de los Príncipes de los sacerdotes »para meter en la cárcel á los que invocan vuestro santo nombre. No im»porta, le respondió el Señor, vé á donde te mando: ese hombre es un vaso »de elección, escogido por mí para que predique mi nombre delante de las »naciones, delante de los reyes de la tierra, y delante de los hijos de Israel. »Asi, ya le tengo mostrado y prevenido lo mucho que ha de padecer por mi »amor.»

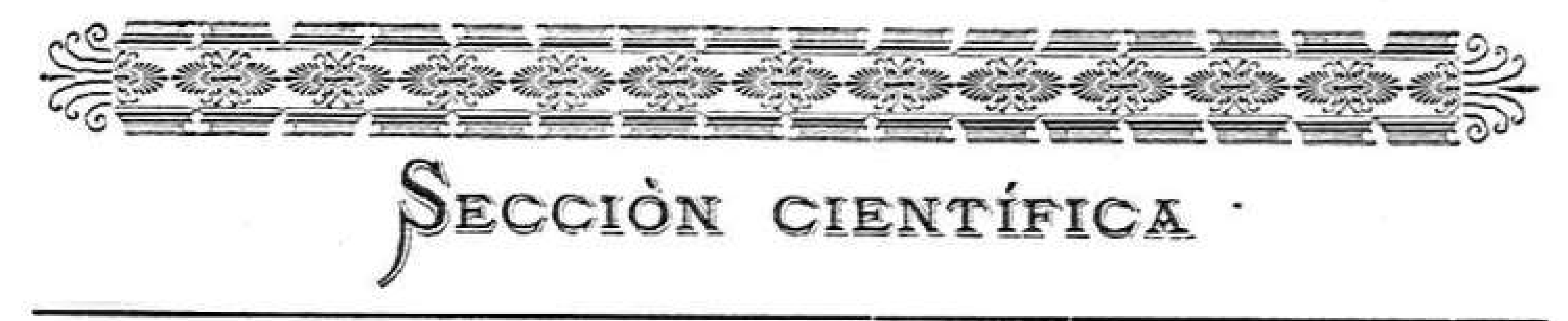
Al mismo tiempo que el Salvador estaba declarando esto á Ananias, estaba Saulo viendo en Espíritu que un hombre llamado Ananias entraba en su cuarto, y ponía las manos sobre él para que recobrase la vista.

Obedeció Ananias sin dilación, lleno de fé y confianza. Fué á buscar á Saulo en el lugar donde se le había señalado y poniendo las manos sobre él le dijo: «Saulo, hermano, el Señor, que se te apareció en el camino por donde venias me ha enviado aquí para que te restituya la vista y para que seas lleno del Espíritu Santo». Al mismo tiempo se le cayeron de los ojos como unas escamas, y comenzó á ver con toda claridad. Levantóse lleno de alegría, de admiración y de los más vivos sentimientos de gratitud y de amor,

y habiéndole declarado Ananias lo que el Señor le habia dado á entender tocante á su vocación, y de aquello en que debia emplearse, le bautizó, y el Espíritu Santo le llenó de sus celestiales dones. Después de haber dado ambos gracias á Dios, tomó Saulo alimento, recobró las fuerzas, y se quedó algunos dias con los fieles que estaban en Damasco. Créese que tendría entonces cerca de treinta y seis años de edad. Antes que saliese de Damasco predicó en la sinagoga que Jesús, á quien él había perseguido, era el mesías verdadero, Hijo eterno de Dios vivo. Es fácil concebir con cuánta admiración le oirian todos aquellos que pocos dias antes le habían visto perseguir tan furiosamente á la religión cristiana, y sabían que solo habia venido á Damasco, para meter en prisiones á todos los que la profesaban.

Paco.—Efectivamente es una narración interesante que patentiza la incontrastable influencia del mundo invisible.

(Se continuará).



Sección científica

EL HORLA

HISTORIA DE UNA OBSESION

(Continuación)

2 de Junio.—Mi estado se ha agravado. ¿Qué es lo que tengo? Ni las duchas, ni el bromuro me producen efecto. Algunas veces, para agotar mis fuerzas, para fatigarme más, doy un paseo por el bosque de Roumare. Entonces, creo que el aire fresco, ligero y dulce, lleno de los aromas de las hojas y de la hierba, hace circular por mis venas una sangre nueva, y por mi corazón nuevas energías también. Tomo después una gran avenida de caza para volver á la Bouille, por una alameda estrecha, entre dos espesuras de árboles, abismos que forman entre el cielo y yo, una especie de techo verde y tupido, que oscurece la luz.

Un estremecimiento frecuente, pero no frío sino más bien de angustia, se apodera de mí. Aprieto el paso, inquieto de hallarme solo en este bosque, acobardado sin razón, estúpidamente, por el profundo silencio. De repente, me parecen que me siguen, que alguien marcha tras de mí, muy cerca, muy cerca, casi tocándome.

Me vuelvo bruscamente. Estoy solo. No veo tras mí más que la recta y larga calzada, alta y solitaria, temerosamente solitaria, y que se extiende

asimismo delante de mí hasta perderse de vista, de un modo semejante, en medio de una soledad pavorosa...

Cierro los ojos. ¿Por qué? Giro rápidamente sobre mis talones, como una peonza. Me siento caer; entreabro los ojos; los árboles bailan, la tierra vacila, parece que va á faltarme; tengo que sentarme. Después de esto... no sé ya donde estoy ni por donde he venido. ¡Extraña duda! ¡Extraña, á fe mía! No me acuerdo de nada. Emprendo mi marcha por la senda de la derecha y vuelvo á salir á la avenida que me había conducido en medio del bosque.

3 de Junio.—La noche ha sido horrible. Es preciso que me ausente de aquí algunas semanas. Un pequeño viaje me tranquilizará, sin duda.

2 de Julio.—Ya estoy de vuelta y completamente restablecido. He hecho una excursión deliciosa. He visitado el monte Saint-Michel que no conocía. ¡Qué perspectiva más hermosa se divisa al llegar á Avranches, al obscurecer, como he llegado yo! La ciudad está edificada sobre una colina. Al llegar al jardín botánico, que está situado al extremo de la población, no pude contener un grito de admiración. Una bahía extensísima, se perdía de vista entre dos costas lejanas, esfumadas apenas en el horizonte y envueltas en ligera bruma. Y en medio de esta inmensa bahía, dorada por la luz de un cielo despejado, sobre la arena de la playa, se elevaba un monte extraño, sombrío y cortado á pico. Caía el astro del día y sobre el horizonte dorado aún por sus destellos, se dibujaba el fantástico perfil de esta roca, en cuya cima puntiaguda se levanta un edificio, más fantástico todavía.

Al amanecer, volví al mismo punto. La marea bajaba, y como la tarde anterior, miré al monte, donde parecía elevarse gradualmente ante mi vista, á medida que me aproximaba, la sorprendente abadía.

Después de algunas horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedras que cierra por aquel lado la ciudad, dominada por la gran iglesia. Después de subir la calle estrecha y pendiente, entré en la más admirable morada gótica, construida por Dios sobre la tierra, vasta como un pueblo, con infinidad de salones bajos de techo, como aplastados por las enormes bóvedas y las altas galerías sostenidas por frágiles y delgadas columnas. Penetré en esta gigantesta joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torreones, de esbeltos cimbalillos, ascendiendo por retorcidas escaleras de caracol que parecían conducirnos al cielo, azul y puro durante el día, negro y sombrío de noche, donde se destacan sus cúpulas, erizadas de diablos, de extrañas quimeras, de animales fantásticos, de flores monstruosas, unido todo ello por finos arcos labrados, esbeltos y elegantes.

Cuando hubimos llegado á la cumbre, dije al monje que me acompañaba: «¡Qué bien se debe estar aquí, padre mío!—Hace mucho viento—me contestó». Y mientras hablábamos, subía la marea y las olas inundaban la arena cubriéndola con sus plateadas aguas, que parecían desde nuestro observatorio una coraza de acero. Y el buen anciano me contaba todas las viejas hisrias del lugar, sus tradiciones, las leyendas de siempre.

Una de ellas me llamó mucho la atención. Los naturales del país, los montañeses, aseguran que al llegar la noche, se oyen voces misteriosas en la playa y después se percibe el balido de dos cabras, fuerte el uno y débil el otro.

Los incrédulos afirman que son los graznidos de las aves acuáticas que simulan, tan pronto aquellas voces, como estos balidos; pero los pescadores rezagados, juran y perjuran haber encontrado vagando por las dunas, entre ambas mareas y alrededor del pequeño pueblo así alejado del mundo, un viejo pastor al que jamás se le había visto la cabeza por llevarla cubierta con su capa, y que conduce delante un macho cabrío con cara de hombre y una cabra con rostro de mujer, los dos con largos cabellos blancos, que hablando sin interrupción disputan en una lengua desconocida, interrumpiéndose á veces y cesando de gritar para balar con toda su fuerza.

—¿Creéis vos eso?—dejo al monje.

—No lo sé,—murmura éste.

—Si existen sobre la tierra—pregunto—otros seres diferentes de nosotros, ¿cómo no los conocemos, ni los hemos visto nunca?, porque, supongo que no me haréis creer que vos los habéis visto?

—¿Acaso vemos—me dice—la cienmilésima parte de lo que existe? Ahí tenéis el viento que es una de las fuerzas naturales más grande; que derriba á los hombres, á los edificios, desarraiga los árboles, levanta en el mar montañas de agua, las estrella contra las rocas y arroja contra ellas también las poderosas naves; el viento que silba, gime, muge, mata en fin. ¿Lo habéis visto? ¿Lo conocéis? Sin embargo, existe.

Ante este sencillo razonamiento, hube de enmudecer. Este hombre podía ser un sabio ó un necio... no hubiera podido afirmarlo con exactitud, pero me ví precisado á callarme. Lo que decía, lo había pensado yo con mucha frecuencia.

3 de Julio.—He dormido muy mal; no cabe duda que aquí existe algo que predispone á la fiebre, puesto que hasta mi cochero sufre el mismo mal que yo. Al entrar en casa ayer, noté en su semblante una extraña palidez.

—¿Qué tenéis, Juan?—le pregunté.

—No puedo dormir, señor, y esta falta de sueño me hace daño. Desde que os habéis marchado, no sé lo que me pasa.

Los otros criados se encuentran bien, pero á pesar de eso, tengo mucho miedo de volver á las andadas.

4 de Julio.—Decididamente, estoy como al principio. Mis antiguas pesadillas vuelven á desazonarme. Esta noche he sentido que alguien se inclinaba sobre mí y con su boca en mi boca, bebía mi vida entre sus labios, con la misma avidez que pudiera hacerlo un vampiro, una sanguijuela. Al marcharse, he vuelto en mí, quebrantado, aniquilado de tal suerte, que apenas podía moverme. Si esto continúa algunos dias, habré de ausentarme otra vez.

5 de Julio.—¿He perdido la razón? Lo que ha pasado, lo que he visto la noche anterior es de tal manera extraño, que mi cabeza se extravía cuando lo pienso.

Como todas las noches, había cerrado la puerta con llave, sentía sed, y después de beberme medio vaso de agua próximamente, noté por casualidad, que la botella estaba llena.

Me acosté y caí en seguida en uno de mis espantosos sueños, del que pude

librarme al cabo de dos horas, después de una sacudida más violenta que las que hasta aquí he experimentado.

Figuraos un hombre soñando que lo asesinan y que despierta con un cuchillo al pecho, jadeante, cubierto de sangre, sin aliento, creyendo que va á morir, y tendréis idea de mis sufrimientos.

Al volver en mí, siento sed otra vez; enciendo la luz y me dirijo á la mesa donde había dejado la botella del agua. La cojo con avidez y al tratar de verter en un vaso su contenido, la encuentro vacía. ¡Vacía! ¡Ni una gota; vacía completamente! ¡Al principio nada comprendo; después siento repentinamente una emoción tan terrible, que me veo precisado á sentarme ó mejor dicho á dejarme caer sobre una silla. ¡De repente, me levanto como impelido por un resorte para mirar á mi alrededor! Después, vuelvo á sentarme delante del cristal transparente, atónito de admiración y de miedo. Contemplo la botella con la mirada extraviada, tratando de penetrar el misterio. ¡Mis manos tiemblan! ¿Quién se había bebido el agua? ¿Quién? ¿Yo? Sin duda; ¿quién podia ser sino yo? Luego... ¡era sonámbulo! Vivía sin saberlo esa doble vida misteriosa que nos hace dudar si tenemos una ubicuidad inexplicable, ó si un ser extraño, desconocido é invisible, se hace dueño de nuestra alma y animando la materia dormida se hace obedecer de ella como nosotros mismos, quizá mejor todavía.

¡Ah! ¿Quién comprenderá mi angustia infinita? ¿Quién es capaz de darse cuenta de la terrible emoción que puede experimentar un hombre bien despierto, en posesión de todas sus facultades, al mirar espantado al través del cristal de una botella el vacío producido por un poco de agua, desaparecida durante su sueño?

Así estuve hasta el amanecer, sin atreverme á volver á la cama.

Guy de Maupassant

(Continuará)

SECCIÒN MEDIANÍMICA

COMUNICACIÓN

obtenida por conducto del médium T. S. en la sesión que el Centro Sócrates, de Barcelona, dedicó á Joaquín Balañá el día 11 de Junio con motivo del VII aniversario de su desencarnación

QUERIDOS mios: Pensamientos atraen pensamientos, recuerdos atraen recuerdos: hé ahí el lenguaje que nos atrae hacia vosotros.

En estos momentos os contemplo con verdadera satisfacción, y cada vez que celebráis fiestas de esta naturaleza, las que nacen en vosotros de un

mismo impulso, de una misma idea, y de un mismo sentimiento, me hacéis concebir la esperanza en estos ensayos de fraternidad, de que con una buena voluntad y perfeccionamiento, en día no lejano podréis gozar de sus resultados.

En estos momentos se reflejan en vosotros tendencias de íntima unión, de amor y de fraternidad; sentís de corazón que todos sois hermanos. En estos momentos haríais actos de verdadera abnegación y sacrificio por vuestros semejantes. ¡Qué hermosas están vuestras almas en estos instantes! Si así persistiérais, si así continuarais, y tuviérais imitadores, quedarían solucionados todos los problemas más árduos de la vida y desaparecerían la multitud de inquietudes en que vive vuestra humanidad.

Pero sucede que concluídas estas fiestas os marcháis con el corazón henchido de satisfacción y vuestra inteligencia llena de conocimientos consoladores y con propósitos de mejoraros; os separáis unos de otros, os marcháis á vuestros hogares y una vez dentro os prometéis á vosotros mismos poner en práctica lo ofrecido, procurando dar mejores ejemplos, ser más tolerantes y más atentos, hasta llegar á donde os habéis propuesto.

Transcurren horas y días, y poco á poco van borrándose las impresiones recibidas, van olvidándose los propósitos de mejoraros, y al primer contratiempo que experimentáis, volvéis á ser los mismos de antes: ya no os queda ni siquiera el recuerdo de lo mucho que queríais realizar en beneficio de vosotros mismos.

Muchas veces creéis que son vuestros enemigos la causa de que no progreséis: sí, son verdaderos enemigos vuestros los que os impiden progresar; pero así como os los imagináis, yo os aseguro que estos enemigos son reales, positivos; estos enemigos están en vosotros mismos y no los véis: son vuestras propias imperfecciones, las que creéis destruir y lo hacéis sólo artificialmente, y muchas veces caéis en la aberración de creeros mejores de lo que realmente sois, confundiendo las imperfecciones con las virtudes.

Son muy pocos los que creen ser malos: no obstante, son muy pocos los que son buenos.

Hay necesidad de buscar las imperfecciones en uno mismo y de consultarse continuamente para descubrirlas, teniendo presente la máxima del Maestro Jesús de dar y desear á los demás lo que se quiere y se desea para uno mismo.

La contestación de esta consulta contínua os indicará lo que debéis hacer y el camino que debéis seguir para alcanzar un perfeccionamiento verdad.

¡Ah! queridos mios. ¿Acaso no veis que de vuestra actual existencia depende vuestro porvenir?

Sí, queridos hermanos; vuestro porvenir será altamente risueño si sabéis cumplir con los deberes que os impone el modo de ser de cada uno, despojándoos de todas las imperfecciones que os impiden sufrir la necesaria transformación, á fin, de que cuando os llegue el momento de dejar vuestra envoltura material, podáis remontaros á elevadas regiones y contemplar el infinito, do existen perspectivas hermosas de nuevos conocimientos, de más

grandes virtudes y de bellezas sin fin, respirando todo armonía, paz, amor y bienandanza; para que cuando nuestros hermanos de la tierra os llamen por medio de pensamientos y recuerdos llenos de ternura y de cariño, podáis acudir á su llamamiento y manifestarles impresiones, conocimientos y grandezas de vuestra nueva vida é impulsarles á que trabajen para que lleguen á gozar lo que vosotros habréis gozado, hasta convertiros en imanes que tengan suficiente potencia para atraer á la humanidad hacia la felicidad llegándose á dar verdadera cuenta de que todo tiene su por qué de ser y que dentro del Universo no existen más leyes que amor y justicia que contínuamente emanan de la Causa Suprema: Dios.

Os agradezco en el alma, queridos hermanos, vuestros cariñosos recuerdos y vuestros elevados pensamientos hácia mi humilde sér. Lo que me pone algo inquieto, lo que parece que me produce pesar son las alabanzas y halagos que me dirigís contando lo mucho que hice y lo bueno que fuí, cuando en realidad no hice nada; y en cuanto á mi mejoramiento, no hice más que cumplir mi deber escasamente. Por lo tanto, como ya sabéis vosotros que de los muchos propósitos y proyectos que tenía en perspectiva, muy pocos llegué á realizar, esto me impulsa á que estudie y trabaje cuanto me sea posible, á fin de ir preparándome para cuando vuelva, dejar mi obra empezada más completa, hasta concluir una de las etapas que hay que recorrer dentro de la eternidad. Adiós.

Bañañà.

CRÓNICA

No tenemos palabras para expresar nuestra inmensa congratulación, siempre que hemos de dar cuenta de la aparición, en el estadio de la prensa, de una nueva publicación espiritista. Y eso nos sucede ahora al saludar con toda la efusión de nuestra alma al novel colega *La Evolución*, que ve la luz mensualmente en Barcelona y cuyo Director es el infatigable apóstol del Espiritismo, nuestro entrañable amigo D. Manuel Navarro Murillo.

Deseamos, pues, próspera y dilatada vida á la revista hermana y dejamos establecido el cambio.

*** Agradecemos á los Sres. Carbonell y Esteva, propietarios de una importante imprenta y librería de Barcelona (Rambla de Cataluña, 118), la atención de que nos han hecho objeto al remitirnos la 1.ª colección de cinco magníficas tarjetas postales espiritistas, que venden á 0'40 ptas. la colección, y varias importantes hojas de propaganda, propias para repartir en veladas y mitins, que las venden al módico precio de 1'50 ptas. las cien.

Recomendamos á nuestros lectores la expresada casa editorial á la cual deseamos toda suerte de prosperidades.

Establecimiento Tipográfico de Moscat y Oñate